

HUYENDO DE LA JUSTICIA: JÓVENES BUSCADOS EN UN GUETO DE FILADELFIA

ALICE GOFFMAN
PRINCETON UNIVERSITY

ON THE RUN: WANTED MEN IN A PHILADELPHIA GHETTO

Agradezco a Mitchell Duneier su inestimable apoyo y orientación. También en Princeton, agradezco a Viviana Zelizer, Paul DiMaggio, Devah Pager, Bruce Western y Marvin Bressler. Vincent Roscigno, coeditor de ASR, Howard Becker, Philip Kasnitz, Jack Katz, William Labov, Steven López, Gillian Sankoff, Harvey Molotch, Colin Jerolmack, John Sutton, y los revisores anónimos que aportaron excelentes sugerencias.

Publicado originalmente en: *American Sociological Review*, 74, 2009, 339-357.
Traducción al español por Nahuel Roldán (CONICET/LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP)

PALABRAS CLAVES: encarcelamiento masivo | policiamiento | pobreza
KEYWORDS: mass imprisonment | policing | poverty

Resumen

Aunque los recientes aumentos de encarcelamiento se concentran en las comunidades negras pobres, sabemos poco sobre cómo se ve afectada la vida cotidiana dentro de estos barrios. Casi todos los trabajos etnográficos en barrios de minorías pobres se escribieron antes de la expansión del sistema de justicia penal, y el grueso de la investigación sobre el “encarcelamiento masivo” se basa en datos de encuestas, experimentos de campo o entrevistas, conceptualizando su impacto en términos de delincuentes actuales o antiguos y sus familias. Basándose en seis años de trabajo de campo en Filadelfia, este artículo desplaza el foco de atención desde el encarcelamiento y los antecedentes penales hasta el aumento del policiamiento y la supervisión en los barrios negros pobres, y lo que esto ha supuesto para un grupo de personas cada vez más buscadas. Para muchos jóvenes, evitar la cárcel se ha convertido en una preocupación diaria: tienen órdenes de detención por infracciones menores, como no pagar las tasas judiciales o romper el toque de queda, y serán detenidos si son identificados. Esta amenaza de encarcelamiento transforma las relaciones sociales al socavar los ya tenues vínculos con la familia, el trabajo y la comunidad. Pero los jóvenes también se apoyan en su precaria situación legal para explicar fallos que se habrían producido de todos modos, mientras que las novias y los vecinos explotan su condición de buscados como instrumento de control social. Discutiré las implicaciones de mis observaciones etnográficas en relación con tratamientos anteriores de los pobres y la policía, y con respecto a cuestiones sociológicas más amplias sobre el castigo y la vigilancia en la era moderna.

Abstract

Although recent increases in imprisonment are concentrated in poor Black communities, we know little about how daily life within these neighborhoods is affected. Almost all ethnographic work in poor minority neighborhoods was written before the expansion of the criminal justice system, and the bulk of research on “mass imprisonment” relies on survey data, field experiments, or interviews, conceptualizing its impact in terms of current or former felons and their families. Drawing on six years of fieldwork in Philadelphia, this article shifts the focus from imprisonment and criminal records to the increase in policing and supervision in poor Black neighborhoods, and what this has meant for a growing status group of wanted people. For many young men, avoiding jail has become a daily preoccupation: they have warrants out for minor infractions, like failing to pay court fees or breaking curfew, and will be detained if they are identified. Such threat of imprisonment transforms social relations by undermining already tenuous attachments to family, work, and community. But young men also rely on their precarious legal standing to explain failures that would have occurred anyway, while girlfriends and neighbors exploit their wanted status as an instrument of social control. I discuss the implications of my ethnographic observations relative to prior treatments of the poor and policing, and with regard to broader sociological questions about punishment and surveillance in the modern era.

El número de personas encarceladas en Estados Unidos se ha multiplicado por siete en los últimos 40 años, y este crecimiento se ha concentrado en los varones negros con escasa formación (Garland, 2001; Western, 2006). Para los varones negros de las cohortes de nacimiento recientes, la experiencia del encarcelamiento es ahora típica: el 30% de los que sólo tienen diplomas de secundaria han estado en la cárcel, y el 60% de los que no terminaron la secundaria tienen antecedentes penitenciarios a mediados de los 30 años (Pettit y Western, 2004). Uno de cada cuatro niños negros nacidos en 1990 tenía un padre encarcelado (Wildeman, 2009). Este “encarcelamiento masivo” (Garland, 2001) transmite desventajas sociales y económicas, sin duda. Los liberados afroamericanos se enfrentan a una importante discriminación en el mercado laboral, así como a los costes sanitarios, a los obstáculos a la vivienda y a la privación de derechos a gran escala (Hammett, Harmon y Rhodes, 2002; Pager, 2007; Rubenstein y Mukamal, 2002; Uggen y Manza, 2002; Western, 2006). Además, los varones encarcelados y liberados tienen dificultades para participar de forma sostenida en la vida de sus familias (véase Nurse, 2002; Western, Lopoo y McLanahan, 2004). En consecuencia, sus parejas e hijos se ven desfavorecidos social y económicamente en el proceso (para revisiones, véase Comfort, 2007; Hagan y Dinovitzer, 1999)¹.

La expansión del encarcelamiento ha ido acompañada de un aumento de la vigilancia y supervisión policial en las comunidades pobres. Mientras que hace décadas la policía apenas estaba presente en el gueto, hoy se oyen regularmente helicópteros de la policía

¹ Aunque este conjunto de investigaciones apunta de forma abrumadora a los efectos perjudiciales del encarcelamiento y sus secuelas, este panorama se complica por los relatos cercanos de los presos y sus familias. Comfort (2008) muestra cómo las mujeres que visitan a sus cónyuges encarcelados descubren que las normas de la prisión mejoran en cierto modo sus relaciones. Como pareja romántica, los reclusos contrastan favorablemente con los “hombres libres”.

sobrevolando la zona, las cámaras vigilan a la gente en las calles y un gran número de jóvenes—incluidos muchos que nunca han sido condenados por delitos graves—tienen causas pendientes en los tribunales penales, están en libertad condicional, en probation, con órdenes de arresto de bajo nivel, y son perseguidos, registrados, interrogados y arrestados habitualmente por la policía. ¿Cómo afecta esto a la vida cotidiana de las comunidades negras pobres? Desgraciadamente, sabemos poco a este respecto. De hecho, gran parte de la literatura de investigación, que se basa en datos estadísticos, experimentos de campo o entrevistas, se centra casi siempre en las consecuencias de ir a la cárcel. Aunque podría decirse que los relatos etnográficos deberían captar lo que la mejora del policiamiento y la supervisión ha supuesto para la dinámica de la vida cotidiana en las comunidades minoritarias pobres, la mayoría de las etnografías se escribieron antes de que el sistema de justicia penal se convirtiera en una institución tan frecuente en la vida de los pobres (véase, por ejemplo, Anderson, 1978; Liebow, 1967; Stack, 1974)².

Este artículo, basado en trabajos anteriores relativos a los pobres urbanos, así como en concepciones más amplias del poder en la era moderna (por ejemplo, Foucault, 1979), se basa en seis años de trabajo de campo con un grupo de jóvenes afroamericanos pobres de Filadelfia. Al hacerlo, ofrece una mirada etnográfica ampliada de la vida en el gueto policiado y vigilado que ha tomado forma en la era del encarcelamiento masivo. Como revelan los resultados, los tratos que estos jóvenes con la policía, los tribunales y la junta de probation les otorgan un estatus de ilegalidad o semilegalidad y les infunden un

² Las etnografías sobre la vida en los guetos publicadas más recientemente se basan en el trabajo de campo realizado en los años 80 y principios de los 90, antes de que el cambio en las prácticas policiales y las leyes sobre el delito surtieran todo su efecto (ver, por ejemplo, Anderson, 1999; Bourgois, 1995; Venkatesh, 2006; Wacquant, 2004; para excepciones, ver Jacobs, 1999; LeBlanc, 2003).

miedo imperioso a ser capturados. Sospechando incluso de los más cercanos, los jóvenes cultivan la imprevisión o evitan por completo las instituciones, los lugares y las relaciones en las que antes confiaban. Sin embargo, dado que ser buscado se entiende como algo profundamente restrictivo, puede, en un contexto de oportunidades limitadas, servir de excusa para obligaciones que, de todos modos, podrían haber quedado sin cumplir. El resultado es un complejo sistema interactivo en el que los residentes del gueto se ven atrapados en enredos legales restrictivos y, al mismo tiempo, recurren al sistema de justicia penal para lograr una medida de poder sobre los demás en su vida cotidiana.

Los pobres urbanos y el policiamiento

Los relatos etnográficos de las comunidades urbanas pobres incluyen desde hace tiempo descripciones de personas que cometen delitos graves, son juzgadas, van a la cárcel o se encuentran huyendo de la policía (véase, por ejemplo, Anderson, 1978; Liebow, 1967). Hasta hace poco, estas personas constituían sólo un pequeño grupo de delincuentes en un barrio: la mayoría de los residentes de las comunidades negras pobres no se relacionaban mucho con las autoridades. De hecho, antes de la década de 1990, el gueto era descrito con frecuencia como casi abandonado por las fuerzas del orden.

Anderson (1978: 2), escribiendo sobre los hombres de las esquinas de las calles de Chicago a principios de la década de 1970 (dedica un capítulo entero a los matones), escribe que “la policía echa un vistazo y reduce la velocidad, pero rara vez se detiene y hace algo. Por lo general, siguen adelante, dejando que los jóvenes de la esquina de la calle resuelvan sus propias diferencias”. La descripción que hace Venkatesh

(2008) de los proyectos de Chicago unos 20 años después describe una escena similar, señalando que la policía simplemente no acude cuando se la llama. En su lugar, los líderes de las bandas intervienen y mantienen un sistema informal de justicia de facto con la ayuda de los líderes del proyecto y algunos policías del barrio. En *Crack House*, Williams (1992: 84) también describe cómo, en Nueva York a finales de los años 80 y principios de los 90, en el punto álgido del boom del crack, la policía no solía intervenir en las ventas de crack al aire libre: "La policía tiene conocimiento firme de los puntos de venta, pero suele ignorarlos hasta que la presión de la comunidad alcanza un nivel que les obliga a actuar (...) En su mayor parte, la policía se mantiene alejada (...) Una noche vi cómo un patrullero, con las luces encendidas, avanzaba por esta calle entre cientos de compradores, corredores, vendedores ambulantes y traficantes que marchaban continuamente haciendo intercambios. Por el altavoz del patrullero, un agente no paraba de decir: 'Muévanse todos de la calle. Esta es la policía'. Los compradores y vendedores no prestaron atención".

Sin embargo, los tiempos han cambiado. En las últimas décadas hemos asistido a la guerra contra el delito, a la guerra contra las drogas, al florecimiento de las agencias y oficinas policiales federales y estatales, al endurecimiento de las leyes sobre condenas y a un respaldo casi unificado de las políticas de "tolerancia cero" por parte de la policía y los líderes cívicos (Beckett, 1997; Simon, 2007). El número de agentes de policía per cápita aumentó drásticamente en la segunda mitad del siglo XX en las ciudades de Estados Unidos (Reiss, 1992). En 2006, más de 14 millones de personas fueron detenidas y acusadas de un delito penal en Estados Unidos, y más de cinco millones de personas estaban bajo la supervisión de la probation o la libertad condicional (Glaze y Bonzcar, 2006; Departamento de Justicia de Estados Unidos, 2007).

En Filadelfia—mi lugar de trabajo—el número de agentes de policía aumentó un 69% entre 1960 y 2000, pasando de 2,76 policías por cada 1.000 ciudadanos a 4,66 policías³. El Departamento de Libertad Condicional para Adultos de Filadelfia supervisó a más de 60.000 personas en 2006. Estas personas pagaron a la ciudad más de 10 millones de dólares en concepto de restitución, multas, costes judiciales y tasas de supervisión ese año. En Filadelfia, 12.000 personas violaron las condiciones de su probation o de su libertad condicional, y recibieron órdenes de detención (Philadelphia Adult Probation and Parole Department, 2007). Incluso más personas recibieron órdenes de detención por faltar al juzgado o por el impago de las tasas judiciales, que por no entregarse por un delito. Este tipo de vigilancia, control y supervisión plantea importantes cuestiones sociológicas sobre el papel del Estado en la gestión de la pobreza y el mantenimiento de la desigualdad racial (Wacquant, 2001). También plantean cuestiones sobre la naturaleza y las consecuencias de la vigilancia y el poder modernos.

Foucault (1979) sugirió que la era moderna se caracterizaría cada vez más por la vigilancia y que el control estatal de los ciudadanos sería cada vez más completo. Basándome en los conocimientos etnográficos, mis conclusiones ponen de relieve las formas en que la vigilancia contemporánea puede estar adoptando las formas que Foucault describió en su análisis del poder panóptico. Sin embargo, mis conclusiones también sugieren que las consecuencias de dicha vigilancia para la vida cotidiana pueden diferir de las previstas por Foucault. En lugar de fomentar la autovigilancia, las formas de

³ Los datos sobre el número de agentes de policía en Filadelfia proceden del Federal Bureau of Investigation, Uniform Crime Reports (1960 a 2000). Las estimaciones de población de Filadelfia proceden de la Oficina del Censo de Estados Unidos.

supervisión y policiamiento que se encuentran en el barrio que observé fomentan un clima de miedo y sospecha en el que se presiona a las personas para que se delaten unas a otras. Los jóvenes no viven como súbditos bien disciplinados, sino como sospechosos y fugitivos, con el miedo diario al encierro.

El trabajo de campo, los chicos de la Calle Sexta y el contexto del vecindario

Cuando estudiaba en la Universidad de Pensilvania, di clases particulares a una estudiante de secundaria, Aisha (los nombres de las personas y las calles son ficticios). Empecé a conocer a algunos de sus amigos y vecinos, y en el otoño de 2002 me mudé a un apartamento en el barrio negro, entre pobre y obrero, en el que ella vivía. En ese momento, la madre de Aisha había empezado a referirse a mí como su "otra hija" y Aisha y yo nos convertimos en "hermanas" (Anderson, 1978; Stack, 1974). Cuando el primo de Aisha, Ronny, de 15 años, volvió a casa desde un centro de detención de menores, Aisha y yo empezamos a salir con él hacia un barrio a unos 10 minutos de distancia llamado Calle Sexta. Ronny me presentó a Mike, que tenía 21 años, un año más que yo. Cuando Chuck, el mejor amigo de Mike, de 18 años, volvió a casa de la cárcel del condado, también empezamos a salir con él.

Cuando empecé a pasar tiempo con Ronny y Mike en la Calle Sexta, sus vecinos y familiares comentaron mi blancura y me pidieron explicaciones por mi presencia. Ronny me presentó como la "hermana" de Aisha y mencioné que vivía cerca. Al cabo de unos meses, Mike decidió "tomarme bajo su ala" y empezó a referirse a mí como "hermana". Poco a poco, otros jóvenes del grupo empezaron a

presentarme a otros como su prima o como una “cumpa” que “había vuelto”.

Las cinco cuadras conocidas como Calle Sexta son 93% negras, según una encuesta de residentes que Chuck y yo realizamos en 2007. En los cruces más concurridos, hombres y niños se sitúan fuera ofreciendo CD y DVD de contrabando, artículos robados y comida a los conductores y transeúntes. La principal calle comercial incluye una tienda de comida china a prueba de balas que vende alitas de pollo fritas, cigarrillos “loosie”, preservativos, comida para bebés y “cristalinas” para fumar crack. La calle también incluye una tienda de cambio de cheques, una peluquería, una tienda de préstamos de día de pago, un restaurante Crown Fried Chicken y una casa de empeño. En la siguiente calle, una familia puertorriqueña tiene una tienda de comestibles en la esquina.

De los 217 hogares encuestados, aproximadamente una cuarta parte recibió subsidios de vivienda. En todos los hogares, excepto en dos, los miembros declararon haber recibido algún tipo de ayuda gubernamental en los últimos tres años. En el barrio también hay muchas personas que se ganan la vida como profesores, conductores de autobús, agentes de libertad condicional, trabajadores sanitarios, etc. Los vecinos de Aisha solían referirse a la zona de la Calle Sexta como “agradable y tranquila”, y un lugar al que se mudarían si tuvieran suficiente dinero.

Chuck, Mike y Ronny formaban parte de un grupo informal de unos 15 jóvenes que crecieron en los alrededores de la Calle Sexta y a los que les unía el hecho de que, en su mayoría, estaban desempleados y trataban de salir adelante fuera de la economía formal. En ocasiones se referían a su grupo como “los chicos de la Calle Sexta” para distinguirse

de otros grupos callejeros, y cinco de ellos llevaban tatuado "Calle Sexta" en el brazo. Entre los 15 jóvenes, ocho tenían 18 o 19 años cuando los conocí, cuatro tenían poco más de 20 años y uno 23. Ronny tenía 14 años y Reggie 15. Seis años después, Mike era el único que se había graduado en el instituto. Alex trabajaba constantemente en el taller de reparación de calefacción y aire acondicionado de su padre, y otros cuatro encontraban ocasionalmente trabajos estacionales en la construcción o empleos poco cualificados en lugares como Taco Bell y McDonald. En 2002, el comercio de crack estaba en declive, al igual que en otras partes del país (Jacobs, 1999). Siete de los jóvenes trabajaban de forma intermitente como traficantes de crack de bajo nivel; otros vendían marihuana, Wet (PCP y/o líquido para embalsamar) o pastillas como Xanax. Algunos de los hombres ganaban dinero ocasionalmente robando a otros traficantes. Uno se ganaba el sustento con bailes exóticos y ofreciendo sexo a las mujeres. Todos los jóvenes, excepto dos, vivían con familiares mujeres, aunque aproximadamente la mitad fueron desalojados y durmieron en sofás ajenos o en la calle durante meses o años. Anthony durmió en un camión abandonado en la Calle Sexta durante la mayor parte del tiempo que le conocí, aunque más tarde Chuck le dejaba dormir en su sótano o conseguía que las mujeres con las que salía dejaran a Anthony dormir en el suelo cuando Chuck pasaba la noche.

Entre enero de 2002 y agosto de 2003, realicé una observación intensiva "en la calle", pasando la mayor parte de mis horas de vigilia en los escalones del porche trasero de Chuck, o a lo largo del callejón entre su mazana y la de Mike, o en la esquina frente a la tienda. En los meses más fríos, solíamos estar en casa de Chuck y en algunas otras casas de la zona. También fui a los despachos de los abogados, al juzgado, a la oficina de libertad condicional, al hospital y a los bares y fiestas locales.

En 2004, algunos de los jóvenes estaban en cárceles del condado y prisiones estatales; durante los cuatro años siguientes pasé entre dos y seis días a la semana en la Calle Sexta y aproximadamente un día a la semana visitando a los miembros del grupo en la cárcel y en la prisión. También me mantuve en contacto por teléfono y mediante cartas.

Los jóvenes accedieron a que tomara notas de campo con el fin de publicar algún día el material, pero en general no hice preguntas directas y la mayor parte de lo que aquí se contiene procede de observaciones que hice o de conversaciones que escuché⁴. A lo largo de esta investigación también entrevisté a dos abogados, un fiscal de distrito, tres agentes de probation, dos policías y un juez del tribunal federal de distrito.

Sobre ser buscado

En 2002, se estableció el toque de queda en torno a la Calle Sexta para los menores de 18 años y se colocaron cámaras de vídeo en las principales calles. Durante el primer año y medio de trabajo de campo, vi cómo la policía paraba a los peatones o a las personas que iban en coche, los registraba, comprobaba sus nombres para ver si aparecía alguna orden de detención, les pedía que se presentaran para interrogarlos o realizaba una detención al menos una vez al día, con cinco excepciones. Vi cómo la policía derribaba puertas, registraba casas e interrogaba, detenía o perseguía a los sospechosos por las casas 52 veces. Los helicópteros de la policía sobrevolaron el lugar y emitieron

⁴ Utilizo las comillas cuando escribo lo que la gente dice mientras habla (escribiéndolo directamente en un ordenador portátil o utilizando un mensaje de texto del teléfono móvil). Omití las comillas cuando anoté lo que la gente dijo después de un evento o conversación, y parafraseé cuando escribí lo que la gente dijo al final del día en mis notas de campo. Como no utilicé un grabador, incluso el discurso entre comillas debe tomarse sólo como una aproximación.

luces de búsqueda en las calles locales en nueve ocasiones. He observado que se han cortado manzanas y se ha desviado el tráfico mientras la policía buscaba pruebas o “aseguraba la escena del delito”, 17 veces. He visto a la policía dar puñetazos, estrangular, patear, pisotear o golpear a los jóvenes con palos por la noche 14 veces durante este primer año y medio.

Los niños aprenden desde pequeños a tener cuidado con la policía y a prepararse para huir. La primera semana que pasé en la Calle Sexta, vi a dos niños de 5 y 7 años, jugar a un juego de persecución en el que uno asumía el papel de policía que debía correr tras el otro. Cuando el “policía” alcanzó al otro niño, lo empujó y lo esposó con unas esposas imaginarias. Le dio una palmadita al otro niño y le palpó los bolsillos, preguntándole si tenía órdenes de detención o si llevaba un arma o alguna droga. A continuación, el niño sacó una moneda del bolsillo del otro niño, riendo y gritando: “¡Me la voy a llevar!”. En los meses siguientes, vi cómo los niños renunciaban a correr y se limitaban a llevar las manos a la espalda, como si estuvieran esposados, o empujaban sus cuerpos contra un coche, o se tumbaban en el suelo y ponían las manos sobre la cabeza. Los niños gritaron: “¡Te voy a encerrar! Te voy a encerrar y no vas a volver a casa”. Una vez vi a un niño de 6 años bajarle los pantalones a otro e intentar hacer un “registro de cavidades”.

Cuando Chuck, Mike y Steve se reunieron en el exterior, el primer tema del día fue, con frecuencia, quién había sido detenido la noche anterior y quién había escapado de la policía. Hablaron de cómo la policía identificó y localizó a la persona, de los posibles cargos que se le imputan, de los daños físicos que el sujeto sufrió al ser capturado y detenido, y de los bienes que la policía se llevó y de los que se destrozaron o perdieron durante la persecución.

Las personas con órdenes de detención por no entregarse cuando se les acusa de un delito entienden que la policía puede emplear una serie de estrategias para intentar localizarlas. En una entrevista, dos agentes de policía explicaron que, cuando buscan a un sospechoso, acceden a los registros de la Seguridad Social, a los registros judiciales, a los registros de ingresos hospitalarios, a las facturas de electricidad y gas y a los registros de empleo. Visitan los “lugares habituales” del sospechoso (por ejemplo, su casa, su lugar de trabajo y la esquina de su calle) a las horas en que es probable que esté allí, amenazando a su familia o a sus amigos con la detención, especialmente cuando tienen sus propias órdenes de detención de menor rango o están en probation o tienen un caso judicial pendiente. La policía también utiliza un sofisticado programa informático de mapeo que rastrea a las personas que tienen órdenes de detención o están en, probation, libertad condicional o bajo fianza. La policía acorrala a estos potenciales informantes y los amenaza con la cárcel si no proporcionan información sobre el sospechoso que están buscando.

En el barrio de la Calle Sexta, de vez en cuando una persona estaba “huyendo” porque era sospechosa de un tiroteo o un robo, pero la mayoría de la gente de los alrededores de la Calle Sexta tenía órdenes de detención por infracciones mucho más leves. En la encuesta que Chuck y yo realizamos en 2007, de los 217 hogares que componen el barrio de la Calle Sexta, encontramos 308 varones de entre 18 y 30 años residentes⁵. De estos varones, 144 informaron de que tenían una orden de arresto, bien por morosidad con las multas y tasas judiciales, bien

⁵ Conté a los varones que vivían en una casa durante tres días a la semana o más (según sus propias estimaciones y, en algunos casos, según mi conocimiento) como miembros del hogar. Incluí a los varones que se ausentaron porque estaban en el ejército, en programas de formación laboral (como JobCorp), o en la cárcel, en centros de rehabilitación de drogas o en centros de reinserción social, si esperaban volver a la casa y habían estado viviendo en ella antes de ausentarse.

por no haberse presentado a una cita judicial en los últimos tres años. También en los últimos tres años, se habían emitido órdenes de detención contra 119 varones por violaciones técnicas de su libertad condicional o de su probation (por ejemplo, por haber bebido o haber roto el toque de queda)⁶.

A los jóvenes les preocupaba que la policía los detuviera, aunque no tuvieran una orden de arresto. Los que estaban en libertad condicional o probation, en arresto domiciliario, y que estaban pasando por un juicio, expresaron su preocupación por el hecho de que pronto fueran recogidos y puestos bajo custodia por alguna infracción que “apareciera en el sistema”. Incluso los que no tenían ninguna acción legal pendiente expresaron su preocupación por que la policía pudiera “encontrar algún motivo para retenerlos” por lo que habían hecho, por quién o qué conocían, o por lo que llevaban encima. En este sentido, estar “huyendo” abarca una serie de circunstancias. Utilizo el término para referirme a cualquier persona cuya pretensión de tener una vida fuera del confinamiento no es segura ni legítima y que puede ser detenida si se encuentra con las autoridades. Las personas “en fuga” hacen un esfuerzo concertado para frustrar su descubrimiento y aprehensión, como dijo concisamente Chuck, de 19 años, al hablar con su hermano de 12 años: “Si oyes que se acerca la ley, *merk on* [huye de] esos negros. No tienes tiempo para pensar en lo que tengo encima, en lo que van a querer de mí. No, si los oyes venir, ya está, huyes y punto.

⁶ Estas infracciones no son lo mismo que la “conducta desordenada” que se convirtió en el centro del policiamiento de la “calidad de vida” en lugares como Nueva York durante la década de 1990. La vigilancia de la “calidad de vida” detiene a las personas por infracciones menores, como orinar en público, saltarse los semáforos o beber en público (Duneier, 1999). Los jóvenes de este estudio fueron detenidos inicialmente por delitos más graves, como delitos de drogas, y luego se les entregaron órdenes de detención cuando no se presentaron a las citas judiciales durante la instrucción y el juicio, ni pagaron las tasas judiciales al final de los casos, ni siguieron los dictados de las sentencias de probation y libertad condicional que se les impusieron después o en lugar de cumplir el tiempo en la cárcel o la prisión.

Porque a quien buscan, aunque no seas tú, nueve de cada diez veces probablemente te ficharán”.

El lenguaje policial, carcelario y judicial impregna la conversación general. Los jóvenes se refieren a sus novias como “Co-Ds” (codefensores) y hablan de “capturar un caso” (ser detenidos y acusados de un delito) cuando son acusados de algún ilícito por sus amigos y familiares. “Lista de llamadas”, el término para los números de teléfono de la familia y los amigos a los que se permite llamar desde la prisión o la cárcel, se convierte en el término para los amigos íntimos de uno.

Una forma de entender la cantidad y calidad de los enredos legales de los jóvenes es observar a nueve miembros del grupo durante un mes. En diciembre de 2003, Anthony, que tenía 22 años y era un indigente, tenía una orden de detención por no haber pagado 173 dólares de tasas judiciales por un caso que había terminado el año anterior. Había pasado nueve de los 12 meses anteriores en la cárcel a la espera de la decisión. A finales de mes, dos vecinos que sabían que Anthony tenía esta orden de detención llamaron a la policía y lo arrestaron porque decían que les había robado tres pares de zapatos. Shawn, un bailarín exótico de 21 años, estaba en la cárcel del condado a la espera de un juicio por vender crack, cargo que finalmente sería desestimado. Chuck, de 18 años, tenía una orden de detención porque no había pagado 225 dólares en concepto de tasas judiciales que debían abonarse unas semanas después de que se desestimara su caso por agresión. Pasó casi todo su último año de instituto en la cárcel del condado a la espera del juicio por este caso.

Reggie, que entonces tenía 16 años, y su vecino Randy, de 19, tenían órdenes de detención por violar los términos de su probation, Randy por beber y Reggie por dar positivo en marihuana (llamado “pis

caliente”). Alex, de 22 años, estaba cumpliendo una condena de probation, y Steve, de 19 años, estaba bajo arresto domiciliario a la espera de la finalización de un juicio por posesión de drogas. Ronny, de 16 años, estaba en un centro de detención de menores, y Mike, de 21 años, estaba en la cárcel del condado en espera de juicio. Entre 2002 y 2007, Mike pasó unos tres años y medio en la cárcel o en prisión. De las 139 semanas que no estuvo encarcelado, pasó 87 semanas en probation o libertad condicional por cinco sentencias superpuestas. Pasó 35 semanas con una orden de detención, y en total tenía 10 órdenes de arresto. Mike tuvo al menos 51 compareencias ante el tribunal durante este periodo de cinco años, a 47 de las cuales asistí. El hecho de que algunos jóvenes puedan ser detenidos si se encuentran con las autoridades es una expectativa habitual de la interacción diaria en esta comunidad. Es un principio de partida, central para entender las relaciones de los jóvenes con la familia y los amigos, así como las líneas de acción recíprocas entre ellos.

Caminos hacia la cárcel y estrategias de evasión

Una vez que un joven se da cuenta de que puede ser detenido por la policía y puesto bajo custodia, descubre que las personas, los lugares y las relaciones en las que antes confiaba, y que son parte integral del mantenimiento de una identidad respetable, se redefinen como caminos hacia el confinamiento. Me refiero aquí a los tipos de relaciones, localidades y actividades que amenazan la libertad de un individuo buscado, a las técnicas que suele emplear para reducir estos riesgos y a algunas de las contingencias asociadas a estas técnicas.

Hospitales y lugares de trabajo

Alex y su novia, Donna, ambos de 22 años, se dirigieron al hospital para el nacimiento de su hijo. Llegué allí unas horas después de que naciera el bebé, a tiempo de ver cómo dos policías entraban en la habitación y detenían a Alex. Había violado su libertad condicional unos meses antes por beber alcohol y tenía una orden de arresto. Mientras un policía lo esposaba, Donna gritaba y lloraba, y mientras la alejaban de Alex se levantó de la cama y se agarró a él, gimiendo: "Por favor, no se lo lleven. Por favor, mañana lo llevaré yo mismo, lo juro, pero que se quede conmigo esta noche". Los policías me dijeron que habían acudido al hospital con una víctima de un tiroteo que estaba detenida y, como era su costumbre, comprobaron los nombres de los hombres en la lista de visitantes. Alex figuraba con una orden de arresto por violación de la libertad condicional, así que lo detuvieron junto con otros dos hombres en la sala de partos.

Tras la detención de Alex, otros jóvenes expresaron sus dudas a la hora de acudir al hospital cuando nacieran sus bebés. Poco después de que Chuck cumpliera 21 años, su novia, de 22 años, iba a tener su segundo hijo. Chuck le dijo que iría al hospital, aunque tenía una orden de detención por violación de la probation por romper el toque de queda. Chuck se quedó con ella hasta que la llevaron al hospital, pero en el momento final le dijo que debía seguir adelante sin él y que regresaría pronto. Se sentó conmigo más tarde y discutió la situación. Mientras hablábamos, su novia le llamaba repetidamente al móvil, y él silenciaba el sonido después de un timbrado y se quedaba mirando su foto cuando aparecía en la pantalla cada vez. Decía: "Le dije que estaba en camino. Está muy enojada porque no estoy allí. Puedo oírla ahora

mismo. Ella va a gritar: 'Rompiste tu promesa'. Sin embargo, no quiero terminar como Alex [ser arrestado]. ¿Me entiendes?"

Alex pasó un año en el norte del estado por la violación de la libertad condicional. Justo después del primer cumpleaños de su hijo, volvió a salir en libertad condicional, con un año más para completarla. Volvió a trabajar en el taller de reparación de calefacción y aire acondicionado de su padre, dejó de fumar marihuana y solía volver a casa antes del toque de queda. Tres semanas antes de que Alex cumpliera su condena de libertad condicional, se dirigía a su casa desde la Calle Sexta cuando un hombre con una sudadera con capucha que le cubría la cara salió rápidamente de detrás del lateral de una tienda y acompañó a Alex, con una pistola en la espalda, hasta el callejón. Alex dijo que el hombre le quitó el dinero y lo golpeó con una pistola tres veces, luego le agarró la nuca y le golpeó la cara contra un muro de hormigón.

Alex nos llamó a Mike y a mí para que fuéramos a recogerlo. Cuando llegamos, Alex estaba buscando en el suelo los tres dientes que se le habían caído, y la sangre de su cara y boca caía por su camiseta blanca y por sus pantalones y botas. Su mandíbula y su nariz estaban hinchadas y parecían estar rotas. Le supliqué que fuera al hospital. Se negó, diciendo que su agente de libertad condicional podría enterarse y notificarle una infracción por estar fuera de casa después del toque de queda, por pelearse, por beber o por cualquier otra infracción. Esa noche, Alex llamó a su prima, que estudiaba para ser auxiliar de enfermería, para que viniera a coserle la cara. Por la mañana, repitió su negativa a recibir atención médica: "Toda la mierda por la que he pasado [para terminar su condena de libertad condicional], es como si no fueran a registrarme en urgencias y vinieran los policías haciéndome

todo tipo de preguntas y anotando mi información y antes de que te des cuenta estoy de nuevo adentro [en prisión]. Incluso si no están allí por mí, algunos de ellos probablemente me reconocerán y vendrán a buscar mi mierda [comprobar su nombre] (...) Se supone que no debo estar en esa calle [las condiciones de su libertad condicional le prohibían estar cerca de la Calle Sexta, donde fue herido]; y no puedo estar fuera a las dos [su toque de queda era a las diez]. Además, es posible que todavía tengan esa pequeña cosa [orden de detención] contra mí en el condado de Bucks [por las tasas judiciales que no pagó al final de un juicio dos años antes]. No quiero que hagan correr mi nombre y luego tenga que ir a los tribunales o me vuelvan a encerrar”.

Más tarde, Alex descubrió que el hombre que le golpeó le había confundido con su hermano, que al parecer le había robado la semana anterior. La mandíbula de Alex todavía le molesta y ahora habla con una especie de ceceo apagado, pero no volvió a la cárcel. Alex fue el único miembro del grupo que completó con éxito una sentencia de probation o libertad condicional durante los seis años que pasé allí.

Al igual que los hospitales, los lugares de trabajo se vuelven peligrosos para las personas con una orden judicial. Poco después de que Mike, de 24 años, fuera puesto en libertad condicional en un centro de reinserción social, consiguió un trabajo a través de un viejo amigo que dirigía un Taco Bell. Una noche, Mike se negó a volver a la casa de acogida a tiempo para el toque de queda, diciendo que no podía pasar otra noche encerrado con un grupo de hombres como si estuviera todavía en la cárcel. Durmió en casa de su novia, y por la mañana se encontró con que se le había dictado una infracción y que probablemente sería enviado de nuevo a prisión, a la espera de la decisión del juez. Mike dijo que no iba a volver y que iban a tener que

atraparlo. Dos agentes de libertad condicional lo detuvieron al día siguiente cuando salía del Taco Bell. Pasó un año en el norte del estado por esta violación.

Una persona con una orden de arresto puede ser detenido en el trabajo aunque la policía no lo esté buscando específicamente. Chuck, que empezó a trabajar en el McDonald del barrio cuando tenía 19 años, recibió una infracción de la probation por conducir un coche (sus privilegios de conducción habían sido revocados como parte de su sentencia de probation). Aunque tenía una orden judicial, Chuck siguió trabajando, diciendo que si la policía llegaba simplemente saldría corriendo por la puerta trasera.

Un par de semanas después, una antigua empleada se involucró en una pelea con otras tres empleadas, y la policía cerró el McDonald's mientras interrogaba a los testigos y buscaba a las mujeres que habían estado peleando. Cuando comenzó la pelea, Chuck estaba en el almacén hablando por teléfono con su novia. Salió y vio a seis policías mirándole fijamente. En ese momento me llamó y me pidió que fuera a recoger las llaves de su casa, con la certeza de que lo iban a detener. Cuando llegué allí se estaba alejando en la parte trasera del patrullero.

La policía y los tribunales

Al igual que ir al trabajo o a los hospitales, recurrir a la policía y a los tribunales era arriesgado. Después de que Mike cumpliera un año en prisión, fue puesto en libertad o libertad condicional a un centro de reinserción social. Cuando su madre se fue de vacaciones, invitó a su casa a un hombre que conoció en la cárcel para jugar a los videojuegos. Al día siguiente, Mike, Chuck y yo volvimos y nos dimos cuenta que el equipo de música, el reproductor de DVD y los dos televisores de su

madre habían desaparecido. Un vecino nos dijo que había visto al hombre sacar estas cosas de la casa por la mañana temprano.

Mike llamó a la policía y les dio una descripción del sujeto. Cuando volvimos a la esquina, Reggie y Steve amonestaron a Mike por los riesgos que había corrido:

Reggie: ¡Y tú estás en libertad condicional! ¡Llegaste a casa hace sólo un día! ¿Por qué mierda llamas a la policía? Tienes suerte de que no los agarren [arresten] a los dos.

Steve: Pongámoslo así: No vendrán a agarrarte como si no hubieras violado una mierda, no encontrarán ninguna otra orden de arresto en el sistema. El tío no ha soltado una mierda [acusar a Mike de algún delito en un intento de reducir sus propios cargos], pero el simple hecho de que presentaste una declaración, sabes lo que estoy diciendo, les diste a los negros [*niggas*] tu gobierno [nombre real]. Ahora tienen la dirección de tu madre en el archivo como tu última [dirección] conocida, así que la próxima vez que vengan a buscarte no sólo irán a casa de tu tío, definitivamente pasarán por allí [la casa de su madre].

Mike volvió al centro de reinserción social unos días después y descubrió que los guardias estaban realizando pruebas de alcoholemia. Se fue antes de que le hicieran la prueba, asumiendo que daría positivo y pasaría otro año en el estado por la infracción. Tres días después, la policía lo encontró en casa de su madre y lo detuvo. Mencionó que creía que el conocimiento de su nueva dirección debía provenir del momento en que denunció el robo.

El uso de los tribunales no era menos peligroso. Chuck, de 22 años, trabajaba en la construcción. Llevaba unos meses discutiendo con la madre de sus hijos y ella dejó de permitirle ver a sus dos hijas, de un año y medio y seis meses. Chuck decidió llevarla a los tribunales para pedir la custodia parcial. En ese momento, Chuck también enviaba 35 dólares al mes a la ciudad para pagar las multas que había recibido por conducir sin carné ni registro; esperaba ponerse al día y estar capacitado para solicitar nuevamente un permiso de conducir. El juez le dijo que si no cumplía con sus pagos a tiempo cada mes, emitiría una orden de arresto⁷ y Chuck podría trabajar en la cárcel del condado para pagar las multas de tráfico que debía (las multas y los honorarios se pueden deducir por cada día que pase en detención).

A los cinco meses de su caso de custodia parcial en el tribunal de familia, Chuck perdió su empleo trabajando en la construcción y dejó de pagar los 35 dólares al ayuntamiento por las multas de tráfico. No pudo descubrir si se le había expedido una orden judicial. De todos modos, Chuck acudió al mes siguiente al juzgado para el caso de la custodia de los hijos, y cuando la madre de los niños dijo que era un traficante de drogas y que no era apto para obtener la custodia parcial de sus hijos, el juez buscó su nombre en la base de datos para ver si aparecía alguna orden de detención. Pero no apareció nada. Al salir del juzgado, Chuck nos dijo a mí y a su madre: "Quería correr, pero no había forma de salir de allí: había demasiados policías y guardias. Pero mi mierda salió limpia, así que supongo que si me van a dar una orden de arresto por las multas aún no han llegado a hacerlo".

⁷ En Filadelfia, los tribunales pueden emitir una orden de arresto si una persona no paga las multas por infracciones de tráfico o no acude a la cita con el tribunal en relación con estas infracciones. Una persona también puede ser encarcelada por no pagar las multas relacionadas con las infracciones de circulación (Condado de Filadelfia, 33 Pa.B. Doc. n° 2745 y Pa.B. Doc. n° 03-1110).

El juez falló a favor de Chuck, y se le concedió un régimen de visitas los domingos en una guardería supervisada por el tribunal. Estas visitas, dijo Chuck, le producían ansiedad: "Cada vez que entro por la puerta me pregunto: ¿es hoy? ¿Van a venir a agarrarme, quizás, a la salida de la guardería? Puedo verle cara [de su hija], como si dijera: 'Papá, ¿a dónde vas?'". Al cabo de un mes, a Chuck se le permitió ir a casa de la madre los fines de semana y recoger a sus hijas. Chuck parecía estar encantado con estas visitas porque podía ver a sus hijos sin tener que interactuar con los tribunales y arriesgarse a ser detenido por cualquier orden que pudiera surgir.

Mientras que las personas en probation o libertad condicional pueden hacer un uso tímido de la policía y los tribunales, aquellos con órdenes de detención suelen mantenerse alejados. Durante el primer año y medio que pasé en la Calle Sexta, observé 24 casos en los que los miembros del grupo se pusieron en contacto con la policía cuando fueron heridos, robados o amenazados. Estos hombres estaban al corriente de sus obligaciones con los tribunales o no tenían ninguna restricción legal pendiente. No observé a ninguna persona con una orden judicial llamar a la policía o hacer uso voluntariamente de los tribunales durante los seis años que pasé allí. De hecho, los jóvenes con órdenes de detención parecían ver a las autoridades sólo como una amenaza para su seguridad. Esto tiene dos implicaciones importantes.

En primer lugar, alejarse de la policía significa que los sujetos *buscados* tienden a no utilizar los recursos ordinarios de la ley para protegerse de los delitos perpetrados contra ellos. Esto puede llevar a una persona a convertirse en el objetivo de quienes buscan a alguien para robar.

Ned, de 43 años, y su novia de muchos años, Jean, de 46, vivían en la calle de Mike. Jean era una gran consumidora de crack, aunque Chuck señaló que “puede manejar sus drogas”, lo que significa que era capaz de mantener tanto un hogar como su adicción. Ned estaba desempleado y de vez en cuando organizaba “fiestas por un dólar” (fiestas en casa con una entrada de un dólar y con bebidas, comida y juegos que costaban un dólar) para conseguir dinero extra y se dedicaba a cometer pequeños fraudes, como robar cheques del correo y robar tarjetas de crédito. Sus principales ingresos procedían de la acogida de niños en régimen de internado.

Jason vivía en la calle de Chuck y vendía marihuana con su hermano menor. En enero de 2003, la policía detuvo a Jason en una motocross y lo arrestó por recibir bienes robados (dijeron que la moto había sido robada en California cuatro años antes). Jason no se presentó ante el tribunal y se emitió una orden de detención.

Por aquel entonces, Ned y Jean descubren que podrían ser expulsados de su casa porque deben impuestos municipales. Jean llamó a Jason, diciéndole que fuera a la casa porque tenía algunos chismes relacionados con un interés amoroso de muchos años. Según Jason, cuando llegó a las escaleras del porche, el sobrino de Jean le robó a punta de pistola. Esa noche, Jean me reconoció que tomaría ese dinero y pagaría algunas de las facturas que debían a la ciudad. Reggie comentó más tarde que Jason debería haber sabido que no debía ir a la casa de Ned y Jean: al ser el único hombre del barrio con una orden de arresto en ese momento, era vulnerable a la violencia o al robo porque no podía llamar a la policía.

En segundo lugar, la incapacidad de las personas *buscadas* para acudir a la policía cuando son perjudicadas puede llevar a los jóvenes a

utilizar la violencia para protegerse o vengarse de otros. Black (1983) sostiene que algunos delitos pueden entenderse en el hecho que la gente se toma la justicia por mano propia, es decir, que castiga a las personas que considera que han cometido un delito. Este tipo de delito de autodefensa suele llevarse a cabo cuando la policía y los tribunales no están disponibles (en este caso, porque las personas tienen órdenes de detención y pueden ser retenidas si se ponen en contacto con las autoridades).

Una mañana de invierno, Chuck, Mike y yo estábamos en una cafetería desayunando para celebrar que Mike no había sido detenido tras su comparecencia ante el tribunal esa misma mañana. La madre de Chuck le llamó para decirle que su auto había sido incendiado frente a su casa y que los camiones de bomberos lo estaban apagando. Según Chuck, el hombre que prendió fuego a su coche era alguien que le había dado drogas para que las vendiera a crédito, bajo el acuerdo de que Chuck le pagaría una vez que hubiera vendido la droga. Chuck no había podido pagar porque la policía le había sacado el dinero de los bolsillos cuando le registraron a principios de esa semana. Este era el primer auto que Chuck había comprado legalmente, un Bonneville del 94 que había comprado la semana anterior por 400 dólares en un lote de coches usados del noreste de Filadelfia. Chuck permaneció en silencio durante el resto de la comida, y mientras nos dirigíamos al coche de Mike, dijo: "Esta mierda es una locura, amigo. ¿Qué mierda tengo que hacer, ir a la policía? "Um, discúlpeme oficial, creo que el chico ha reventado mi *whip* [automóvil]". Va a buscar mi nombre y esa mierda, verá que tengo una orden de arresto; lo siguiente que sabes es que mi culo negro está encerrado, ¿me entiendes? *Yo* estoy encerrado porque un negrito me ha tirado una bomba incendiaria a mi *whip*. ¿Qué carajo, se supone que debo dejar que los negros se aprovechen?".

Chuck y Mike discutieron si era mejor que Chuck tomara cartas en el asunto o no hiciera nada (lo que se conoce como “dejar pasar” o “aceptar una L” [pérdida]). No hacer nada tenía la ventaja de no meterlo en más problemas legales, pero, como ambos señalaron, “dejarlo pasar” los exponía a que se aprovecharan de ellos personas que los vieran como “dulces”.

Unos días después, Chuck se dirigió a la calle 8 con Mike y Steve y disparó contra el joven que creía responsable de la explosión de su coche. Aunque nadie resultó herido, un vecino denunció el incidente y la policía emitió una orden de arresto contra Chuck por intento de asesinato.

La teoría del etiquetamiento sugiere que las personas a las que se les ha concedido un estatus desviado llegan a participar en la desviación por haber sido etiquetadas como tales (Becker, 1963; Lemert, 1951). Este fenómeno se conoce como “desviación secundaria” (Lemert, 1951: 75). En este contexto, se debe considerar la posibilidad de rechazar la participación de las autoridades cuando puede haber razones concretas para hacerlo. La indecisión de los jóvenes a la hora de acudir a la policía o a los tribunales cuando son agredidos, por temor a ser detenidos, hace que se conviertan en objeto de robos y violencia porque se da por hecho que ellos no presentarán cargos. Con la policía fuera de su alcance, los jóvenes recurren entonces a más violencia como estrategia para resolver las disputas.

Familia y amigos

Al igual que ir al hospital o recurrir a la policía y a los tribunales, incluso las relaciones más íntimas—familiares y parejas sentimentales—pueden suponer una amenaza y, por tanto, hay que evitarlas o, al

menos, sortearlas con cuidado. Mis observaciones sobre Alex lo dejaron muy claro. Cuando conocí a Alex, de 21 años, estaba en libertad condicional y vivía con su novia Donna. Alex había conseguido recientemente un trabajo en el taller de reparación de calefacción y aire acondicionado de su padre. Después del trabajo, solía ir a ver a sus amigos de la Calle Sexta, y en ocasiones se quedaba en la cuadra bebiendo y hablando hasta altas horas de la noche.

Donna y Alex discutían con frecuencia sobre la hora a la que llegaba a casa y su estado de embriaguez. En estas peleas, observé que Donna amenazaba con llamar a su agente de libertad condicional y decir que Alex estaba en infracción si no volvía a casa a una hora razonable. Donna también amenazó con llamar al agente de la libertad condicional y decirle que Alex había salido más allá del toque de queda o que se relacionaba con delincuentes conocidos si la engañaba o si no aportaba suficiente dinero a la casa. Como Alex estaba en libertad condicional en el apartamento de Donna, ella también podía amenazar con llamar a la oficina de libertad condicional y decir que ya no quería que Alex viviera con ella. Si esto ocurriera, me explicó, Alex sería ingresado en un centro de reinserción social.

A primera hora de la mañana, después de una fiesta, Mike y yo llevamos a Alex de vuelta al apartamento de Donna. Ella le esperaba en el escalón de la entrada:

Donna: ¿Dónde mierda has estado?

Alex: No te preocupes.

Donna: Ya no puedes vivir más aquí.

Alex: Vamos, Don. Deja de jugar.

Donna: De hecho, te daré a elegir [entre la cárcel o un centro de reinserción social].

Alex: Vamos, Don.

Donna: Uhn-uhn, ya no te puedes quedar aquí. Estoy a punto de llamar a tu P.O. [oficial de libertad condicional] ahora, así que mejor que te decidas a dónde vas a ir.

Alex: Estoy cansado, vamos, abre la puerta.

Donna: Negro, la próxima vez que me acueste en la cama sola, se acabó [es el fin].

Más tarde ese día, Donna me llamó y enumeró una serie de razones por las que necesitaba amenazar a Alex: "No puedo dejar que encierren a ese negro por una mierda estúpida como que lo atrapen por conducir borracho o que le paren en un Johnny [un coche robado] o alguna mierda de esas. ¿Qué mierda tengo que hacer? ¿Dejar que ese negro ande libre? Y luego lo siguiente que sabes es que se encerró y estoy atascada aquí sola con Omar diciéndome '¿Dónde está papá?'".

Donna no llegó a llamar a la policía para denunciar a Alex y consideró que sus amenazas eran un esfuerzo necesario de control social. Esta utilización del sistema de justicia penal como amenaza puede considerarse paralela a la forma en que las madres solteras amenazan con entregar a los padres a las autoridades encargadas de la manutención de los hijos si no aportan dinero de manera informal (Edin y Lein, 1997). También he sido testigo de cómo las mujeres van un paso más allá y llaman a la policía para castigar o vengarse de sus novios o parientes.

La relación de Mike y Marie fue testigo de esa tensión. Tuvieron un hijo cuando estaban en el último año de secundaria y una hija dos años

después. Cuando Mike y Marie tenían 22 años, y sus hijos tenían 1 y 3 años, Mike empezó a salir abiertamente con otra mujer, Tara. Mike afirmó que él y Marie se habían separado y que podía hacer lo que quisiera, pero Marie no estaba de acuerdo con esta ruptura y mantenía que seguían juntos y que, de hecho, la estaba engañando (“¡Que no me diga que no estamos juntos cuando está acostado en la cama conmigo!”). Mike provocó expresiones de celos (llamadas “stunting”) cuando empezó a pasar por la cuadra de Marie con Tara en la parte trasera de su moto ATV. Marie parecía enfurecida por el insulto que suponía que el padre de sus hijos pasara por su calle con otra mujer para que toda su familia y vecinos lo vieran, y le dijo que ya no podía visitar a sus dos hijos. Mike y Marie pasaron muchas horas al teléfono discutiendo sobre esto. Mike le suplicaba que le dejara ver a los niños y ella le explicaba que primero tendría que terminar las cosas con Tara.

Tara dijo que quería pelear con Marie y casi lo hizo una tarde. Marie estaba fuera de su casa, con seis familiares detrás de ella, agitando un bate de béisbol y gritando: “Trae a tus hijos, perra. Yo tengo a los míos” (lo que significaba que ella tenía más derecho a Mike que Tara porque compartían dos hijos). Una de las amigas de Tara y yo la retuvimos mientras se quitaba los pendientes y gritaba: “¡Tengo a tu perra, puta!” y “Voy a darle una paliza a esta perra gorda”.

Una tarde, cuando Mike estaba sentado en la escalera de un vecino, se detuvo un patrullero y dos policías lo arrestaron. Tenía una orden de arresto por faltar a una cita judicial. Más tarde dijo que ni siquiera pensó en correr, suponiendo que la policía estaba allí para recoger a los hombres que estaban a su lado y que habían robado recientemente en una tienda. Mientras Mike estaba sentado en el patrullero, Marie le hablaba a través de la ventanilla en voz alta: ¡No vas

a meterme el perro [engañar públicamente o humillar]! ¿Con quién mierda te crees que estás tratando? Deja que ese negro se recate un minuto [que esté en la cárcel un tiempo]. Tampoco dejes que atrape a esa perra allá arriba [visitándolo en la cárcel].

Aunque Marie llamó a la policía y consiguió que Mike fuera detenido ese día, fue la primera persona que lo visitó en la cárcel del condado después de que saliera de la cuarentena y siguió visitándolo (a veces con una camiseta de "Free Mike") durante todo el año que duró el juicio. El día de su sentencia, apareció en la sala con un top escotado y un gran tatuaje nuevo con su nombre en el pecho.

También he observado que las mujeres utilizan la policía y los tribunales como forma de represalia directa. Michelle, de 16 años, vivía con su tía en la Calle Sexta. Cuando Michelle empezó a aparecer, afirmó que Reggie (que tenía 17 años en ese momento) era el padre. Reggie negó haberla dejado embarazada, y cuando Michelle dijo que quería abortar, él se negó a ayudar a pagarlo. La tía de Michelle declaró que ella y su sobrina cortaban su relación con Reggie y que éste ya no era bienvenido en su casa. Michelle amenazó con hacer que Reggie fuera golpeado por varios jóvenes con los que se relacionaba. Reggie solía estar en la esquina, a sólo dos casas de distancia de donde ellos vivían, y esto se convirtió en un frecuente conflicto verbal.

Por la misma época, un recién llegado a la calle y al grupo disparó y mató a un hombre de la calle 4 durante una partida de dados. Los socios del hombre asesinado ("sus chicos") comenzaron a conducir por la Calle Sexta y a disparar contra Reggie, Chuck y Steve. En una de estas ocasiones, Reggie respondió con dos disparos mientras el auto se alejaba; estas balas impactaron en la casa de Michelle, rompiendo los cristales de las ventanas delanteras y alojándose en las paredes del

salón. Aunque las balas no alcanzaron a nadie, Michelle estaba en casa y llamó a su tía, que llamó a la policía. Les dijo que Reggie había disparado a su sobrina, y la policía puso una orden de arresto por intento de asesinato.

Al cabo de cinco semanas, la policía encontró a Reggie escondido en un cobertizo y lo detuvo. La madre de Reggie y su hermano Chuck intentaron convencer a Michelle y a su tía de que no se presentaran en el juzgado para que se retiraran los cargos y Reggie pudiera volver a casa⁸. Desde la cárcel, Reggie nos llamó a su madre y a mí repetidamente para discutir la situación. Una vez, cuando ambos estábamos hablando por teléfono, dijo:

Reggie: La perra [la tía de Michelle] sabe que no les estaba disparando. Ella sabe que estamos pasando por ello ahora mismo [están en medio de una serie de tiroteos con hombres de otra calle]. ¿Por qué voy a disparar a dos mujeres que viven en mi calle? Ella sabe que no les estaba disparando.

Madre: Lo que tienes que hacer es llamarla y disculparte [por no asumir la responsabilidad del embarazo de su sobrina].

Reggie: Tienes razón.

Reggie se disculpó y difundió que era el responsable de dejar embarazada a Michelle. Michelle y su tía no se presentaron a tres citas judiciales consecutivas y, al cabo de seis meses, se archivó la causa por

⁸ Esto es algo bastante común. Algunas personas hacen que se detenga a otras simplemente para extorsionarlas y pedirles dinero a cambio de no presentarse como testigos en el juicio posterior.

intento de asesinato y Reggie volvió a casa. La tía de Michelle parecía satisfecha con este resultado: “No vas a dejar embarazada a mi sobrina y luego boconeas de que no es tuya, ¿me entiendes? Vete a la mierda, no (...) Quiero decir que no quería ver a ese negro recatado por una tentativa [ser condenado por intento de asesinato], pero necesitaba recatarse un rato. Obtuvo lo que merecía. Tuvo tiempo para recatarse y pensar en sus acciones, ¿me entiendes? Tuvo lo que necesitaba tener”.

Mientras que los familiares, las parejas o los amigos de una persona *buscada* llaman ocasionalmente a la policía para controlar su comportamiento o para castigarle por un mal percibido, los parientes menos cercanos o las novias también relacionan a los jóvenes con la policía porque ésta los obliga a hacerlo. Es una práctica habitual que la policía presione a amigos, novias y familiares para que proporcionen información, especialmente cuando estas personas tienen sus propias órdenes de detención, están cumpliendo una probation o una libertad condicional o tienen un juicio pendiente. Los familiares y amigos que no están atrapados en el sistema de justicia pueden ser amenazados con el desalojo o con que se les quiten los hijos si no proporcionan información sobre los jóvenes en sus vidas.

Reggie, de 17 años, fue detenido por la policía por “merodear” en la esquina y fue registrado. Cuando el policía descubrió tres pequeñas bolsas de crack en el forro de sus vaqueros, Reggie empezó a correr. Los policías lo perdieron en la persecución y se emitió una orden de detención por posesión de drogas con intención de distribución.

Reggie me dijo que la policía allanó su casa la noche siguiente a las 3:00 a.m. Salió por la puerta trasera y corrió por el callejón antes de que pudieran atraparlo. Los agentes volvieron a la noche siguiente, rompiendo la puerta principal (que sigue rota y sin cerrar a día de hoy),

y ordenaron al hermano pequeño de Reggie y a su abuelo que se tumbaran en el suelo con las manos en la cabeza mientras registraban la casa. Un oficial prometió a la madre de Reggie que si entregaba a su hijo, no le dirían a Reggie que lo había traicionado. Si ella no entregaba a Reggie, él dijo que llamaría a los servicios de protección de menores y haría que se llevaran a su hijo menor porque la casa estaba infestada de cucarachas, cubierta de mierda de gato y no era apta para vivir.

Estuve presente dos noches más tarde cuando la policía allanó la casa por tercera vez. Un policía mencionó que tenían suerte de que la familia fuera propietaria de la casa: si fuera un edificio de la Sección 8 podrían ser desalojados inmediatamente por poner en peligro a sus vecinos y albergar a un fugitivo (de hecho, había visto que esto ocurría recientemente a otras dos familias). La policía encontró una pistola en el piso de arriba para la que la madre de Reggie no pudo presentar un permiso; la esposaron y la llevaron a la comisaría. Cuando su hijo menor y yo la recogimos esa tarde, dijo que le dijeron que le cargarían el arma a menos que les dijera dónde encontrar a Reggie.

La madre de Reggie le rogó que se entregara, pero Reggie se negó. Su abuelo, propietario de la casa, le dijo a la madre de Reggie que no le permitiría seguir viviendo allí con sus hijos si seguía ocultando a su hijo de la policía: "Esto no es un maldito carnaval. No me importa quién sea, no voy a dejar que nadie corra por esta casa con la policía persiguiéndolo, haciendo mierda, derramando mierda, despertándome de mi sueño. No estoy de acuerdo con los gritos y carreras nocturnas. Abro los ojos y veo a un negro saltando sobre mi cama tratando de salir por la ventana. ¡Diablos, no! Como le dije a Reggie, si la ley se presenta aquí una vez más, me dará un ataque. Reggie es un hombre adulto [tenía 17 años]. No puede esconderse en mi maldita casa. Nos vamos a

cagar y acabar en la cárcel con esta mierda. Si siguen viniendo van a encontrar alguna razón para fichar mi maldito culo negro”.

El abuelo de Reggie empezó a llamar a la policía cuando vio a Reggie en la casa, y la madre de Reggie le dijo que no podía seguir allí. Durante dos meses, Reggie vivió en un Buick LeSabre abandonado y aparcado en un callejón cercano. La madre de Reggie dijo que echaba de menos a su hijo y que sentía que lo había traicionado al abandonarlo, aunque no lo había entregado a la policía. Cuando la policía finalmente detuvo a Reggie, ella expresó su alivio: “Bueno, al menos ya no tiene que mirar por encima del hombro, siempre preocupado por si la ley iba a llegar a la casa. Se estaba cansando de dormir en el auto. Estaba haciendo frío fuera, ya sabes, y además Reggie es un chico grande y tenía el cuello acalambrado [por dormir en el coche] (...) Y solía venir a la parte de atrás en plan: ‘Mamá, hazme un plato’, y luego volvía en 20 minutos y le pasaba la comida por la ventana”.

Tanto si los amigos, los parientes o la novia de un hombre lo ponen en contacto con las autoridades porque la policía les presiona para que lo hagan, como si aprovechan su condición de buscado para vengarse de él o castigarlo, llega a ver a sus allegados como informantes potenciales. Mike y Chuck hablaron una vez de como tenían las mayores posibilidades de “ser fichados” debido a los intentos de sus amigos y familiares de “tenderles una trampa”. Mike señaló: “Nueve de cada diez veces, te encierran porque alguien llamó a la policía, alguien te delató. Por eso, si recibes una llamada de tu chica, diciendo: ‘Oye, ¿dónde estás? ¿puedes pasar por el barrio a una hora determinada?’, eso es una bandera roja, ¿me entiendes? Es entonces cuando empiezas a pensar: ‘Bien, ¿qué me espera?’”.

He observado que las personas *buscadas* intentan reducir la posibilidad de que sus íntimos los delaten fomentando el secreto y la imprevisibilidad. Chuck y Reggie se referían a esta estrategia como “ocultarse y evadir” o “escabullirse y escapar”. Chuck, de 20 años, comentó: “La noche es realmente, el mejor momento para hacer lo que tengas que hacer. Si quiero ir a ver a mi *mizz* [madre], ver a mi chica, pasar por el barrio y *holla* [saludar] a mis chicos no puedo estar fuera en pleno día. Tengo que moverme como una sombra, ya sabes, escabullirme y escapar, creías que me veías, entonces bam, estoy fuera antes de que pudieras ver lo que llevaba puesto o a dónde iba”.

Cuando Steve, de 19 años, tenía una orden de detención por no comparecer ante el tribunal, estaba decidido, dijo, a no volver a la cárcel. Durmió en varias casas, sin quedarse más que unas pocas noches en un solo lugar. Por teléfono, mentía a sus familiares, a su novia y a sus compañeros de barrio sobre dónde se alojaba y a dónde pensaba ir después. Si le llevaban al lugar donde dormía, pedía que le dejaran a unas manzanas de distancia y esperaba a que el vehículo se perdiera de vista antes de entrar. Durante seis meses, nadie en el barrio parecía saber dónde dormía Steve.

Trabajar en la imprevisibilidad ayuda a las personas *buscadas* a reducir el riesgo de que sus amigos y familiares los delaten. De hecho, mantener una rutina secreta e imprevisible disminuye la posibilidad de ser detenido por muchas de las otras vías comentadas anteriormente. Es más fácil para la policía encontrar a una persona a través de su última dirección conocida si llega a la misma hora a la misma casa todos los días. Encontrar a una persona en el trabajo es más fácil si trabaja un turno regular en el mismo lugar todos los días. Por lo tanto, fomentar

el secreto y la imprevisibilidad es una estrategia general para evitar el confinamiento.

Ser buscado como medio financiero

Una vez que una persona es buscada, mantener una rutina estable, estar con su pareja y su familia, ir al trabajo y recurrir a la policía puede relacionarlo con las autoridades y desembocar en su confinamiento. Sin embargo, cuando las personas *buscadas* (o los analistas sociales) insinúan que el hecho de ser buscados es la causa fundamental de su incapacidad para llevar una vida “respetable”, están forzando la explicación: mucho antes del aumento del encarcelamiento, los etnógrafos urbanos describieron la desconfianza que los negros sentían hacia la policía y entre sí, y las dificultades que los hombres negros pobres tenían para encontrar trabajo y participar en la vida de sus familias (Anderson, 1999; Cayton y Drake, [1945] 1993; DuBois, [1899] 1996; Duneier, 1999; Edin y Lein, 1997; Liebow, 1967; Newman, 1999; Stack, 1974). Aunque los enredos legales pueden agravar estas dificultades, el hecho de ser buscado también sirve para salvar las apariencias y explicar las insuficiencias.

Liebow (1967: 116) escribió que los hombres desempleados con los que pasó tiempo explicaban sus fracasos con “la teoría de los defectos masculinos”. Por ejemplo, en lugar de admitir que sus matrimonios fracasaron porque no podían mantener a sus cónyuges, explicaron que eran *demasiado varones* para ser buenos maridos: no podían dejar de ser infieles, o de beber, o de salir hasta tarde. Para los jóvenes de la Calle Sexta, estar “huyendo” reemplaza, o al menos funciona en conjunto con los “defectos masculinos” descritos por Liebow como un medio para conservar el respeto por sí mismo frente al fracaso.

Mike, de 21 años, tenía una orden de detención porque no se presentó en el juzgado para una audiencia en un caso de posesión de drogas. Durante este tiempo, no ganaba lo que consideraba un dinero decente vendiendo drogas, y no había podido pagar la matrícula del colegio católico de su hijo durante más de un mes. El día de los padres en la escuela de su hijo ese año era la feria de Acción de Gracias, y Mike llevaba semanas hablando de ese día. La noche anterior a la feria, Mike acordó recoger a la madre de sus hijos, Marie, e ir al colegio cerca de las 10 de la mañana siguiente.

A la mañana siguiente, Marie empezó a llamar al celular de Mike a las 8:30. Llamó unas 13 veces entre las 8:30 y las 9:30. Le pregunté a Mike por qué no contestó y me dijo que no era seguro ir, teniendo en cuenta la orden judicial. A mediodía, finalmente respondió a su llamada. Para entonces, la feria estaba casi terminada y Marie había tomado ella misma el autobús de ida y vuelta. Gritaba tan fuerte que Steve, Chuck y yo podíamos oír su voz a través del teléfono: "¿De qué mierda te sirve estar en la calle si ni siquiera puedes venir a la feria de tu hijo? Por qué tengo que hacerlo todo yo: llevarlo al colegio, recogerlo del colegio, llevarlo al médico (...) Y tú en un 'estoy con perfil bajo. Estoy pasando desapercibido. No puedo estar tranquilo en ninguna escuela. No puedo hacer esto, no puedo hacer aquello'. Qué mierda tengo que decirle a tu hijo: 'Michael, papá no puede venir hoy a la feria porque la policía lo está buscando y no queremos que lo fichen'. ¿Es eso lo que quieres que diga?".

Mike la insultó y colgó. Antes de volver a dormir, mencionó lo "pendeja" que era ella: "¿Quiere que me encierren? ¿Cómo voy a estar ahí para mis hijos si estoy encerrado? Ella no tiene que mirar por encima

de su hombro, ya sabes lo que estoy diciendo. Se olvida de que no puedo hacer lo que quiera, ni ir a donde quiera”.

Mike parecía convencido de que ir a la feria lo pondría en peligro, y en ese momento creí que esa era la razón por la que se quedaba en casa. Pero unos meses después, aunque seguía siendo buscado por la misma orden de detención, asistió a una reunión de padres y profesores.

Alice: Pensé que no querías salir ahí afuera. Recuerda que Marie se enfadó mucho la otra vez que no fuiste.

Mike: Ahora estoy tranquilo porque acabo de pagar la matrícula. No quiero que un tipo se me eche al cuello [se enfade], diciendo: “¿Dónde está el dinero? ¿Por qué no pagas?”. No quería escuchar esas tonterías.

De ello deduje que Mike no había acudido al Día de los Padres a principios de año, al menos en parte, porque no había pagado las tasas escolares y no quería enfrentarse a la administración del colegio. Una vez que pagó la factura, asistió con orgullo al siguiente acto, una reunión de padres y profesores. La orden le proporcionó una forma de evitar ir al Día de los Padres sin admitir que no quería ir porque no podía pagar la matrícula.

Las órdenes de arresto también sirven como una explicación importante para no tener un trabajo. Steve tuvo una orden de detención durante unas semanas cuando tenía 21 años, y mencionó repetidamente cómo no podía conseguir trabajo debido a esta orden: “Si tuviera un *whip* [coche] me iría a buscar un trabajo a King of Prussia [un centro comercial en un condado vecino] o lo que sea. Pero no

puedo trabajar en ningún lugar de Filadelfia. Ahí es donde los negros la cagan. ¿Recuerdas cuando Jason estaba en McDonald? Decía: 'No, ellos [la policía] no me van a ver, estoy trabajando en la parte de atrás'. Pero no siempre puedes estar ahí atrás, a veces te ponen en el mostrador, cuando alguien no se presenta, ¿me entiendes? ¿Cuánto tiempo trabajó allí antes de que [la policía] vinieran por él? Como una semana. Fueron y dijeron algo así: '¡Um, puedo conseguir una patata frita grande y tus manos en el mostrador porque tu culo negro está fichado!'. Y trató de correr como la mierda, también, pero estaban fuera de la *jawn* [el restaurante] cuatro hundidos [cuatro agentes de policía estaban fuera] a la espera de él para tratar esa mierda".

Aunque Steve invocaba de vez en cuando su orden de arresto como explicación de su desempleo, el hecho es que Steve no consiguió un trabajo durante los seis años que le conocí, incluidas las épocas en las que no tenía orden de arresto.

James, de 18 años, se mudó con su tía a la Calle Sexta, y después de un tiempo se convirtió en el "chico joven" de Reggie. Al igual que los otros chicos, hablaba de sus casos judiciales o mencionaba que tenía que ir a ver a su agente de probation.

Steve, Mike, Chuck y yo estábamos sentados en los escalones del porche trasero de Chuck una tarde cuando Reggie llegó al callejón y anunció: "¡El chico James está limpio, perro! No tiene ninguna orden de arresto, ni de detención, nada. Ni siquiera tiene una multa de tránsito a su nombre".

Reggie nos dijo que acababa de ir a casa de la madre de James, al otro lado de la ciudad, y que ella se había quejado de que James aún no había encontrado trabajo. La madre de James informó a Reggie de que James no tenía casos pendientes, ni órdenes de detención ni nada

“en el sistema que lo retuviera” y que, por tanto, no debería tener problemas para encontrar empleo. Cuando Reggie terminó de explicarnos esto, Mike continuó la conversación:

Mike: ¿Qué pasó con el caso que obtuvo? Maldita sea, eso fue hace un minuto [hace un rato].

Chuck: Creo que le dio un golpe a ese *jawn* [el caso fue retirado].

Reggie: Me gustaría que me levantaran la mierda [la orden judicial]. Estaría bam, en mi J-O [trabajo], bam, en mi A-P [apartamento], bam, iría directo al banco, como, “Sí, hijo de puta, revisa mi mierda, amigo. Comprueba esa mierda. Mi mierda está limpia, perro. Permíteme que me haga esa cuenta”. Ya tendría mi *elbow* [licencia de conducir] y todo.

Reggie explicó cómo su condición de buscado le impide conseguir trabajo, utilizar los bancos, obtener un permiso de conducir y alquilar un departamento. Sin embargo, las cosas que Reggie pensaba que debía hacer una persona “limpia” no eran las que el propio Reggie hacía cuando estaba en buena posición con las autoridades en el transcurso de los años en que lo conocí. Tampoco eran cosas que la mayoría de los otros hombres del barrio hacían. Alex, Mike y Chuck buscaron trabajo cuando no tenían órdenes de detención, pero otros, como Reggie y Steve, no lo hicieron. Ninguno de ellos obtuvo una licencia de conducir válida durante los seis años que los conocí⁹. Sólo Mike

⁹ Para obtener el permiso de conducir es necesario presentar la partida de nacimiento o el pasaporte, la tarjeta de la Seguridad Social y dos pruebas de residencia. La obtención de estos artículos, a su vez, requiere una identificación y tasas de tramitación. Hay que someterse a un examen físico por parte de un médico, pagar y aprobar un examen escrito del permiso, y localizar un vehículo asegurado y matriculado

consiguió su propio departamento durante este tiempo, y lo mantuvo sólo tres meses. Que yo sepa, ninguno de los hombres abrió una cuenta bancaria.

Ser *buscado* sirve de excusa para una gran variedad de obligaciones y expectativas no cumplidas. Al mismo tiempo, quizá sólo porque ser buscado es, de hecho, una condición restrictiva, funciona perfectamente como medio para explicar el fracaso. Puede que el hecho de tener una orden judicial no sea la razón por la que Steve, por ejemplo, no busque trabajo, pero es un hecho que los agentes de policía efectivamente van al lugar de trabajo de un joven para detenerlo, y que algunos de ellos lo experimentan de primera mano. En el contexto de sus luchas continuas, lo que decían equivalía a "medias verdades" razonables (Liebow, 1967) que podían explicar sus fracasos, tanto en sus propias mentes como en las de otros que habían llegado a ver sus propias vidas en términos similares.

Discusión

La presencia del sistema de justicia penal en la vida de los pobres no puede medirse simplemente por el número de personas enviadas a prisión o el número de personas que regresan a casa con condenas por delitos graves. Los sistemas de policiamiento y supervisión que acompañaron al aumento del encarcelamiento han fomentado un clima de miedo y sospecha en las comunidades pobres, un clima en el que se presiona a los miembros de la familia y a los amigos para que se delaten unos a otros, y en el que los jóvenes viven como sospechosos y fugitivos, con el miedo diario al encierro. Los jóvenes buscados por la

con el que hacer el examen de conducir. Como los hombres conducían sin la documentación adecuada, recibían multas, que tenían que pagar antes de poder iniciar el proceso de solicitud.

policía se encuentran con que las actividades, las relaciones y los locales en los que otros se basan para mantener una identidad decente y respetable se transforman en un sistema del que se sirven las autoridades para detenerlos y confinarlos. La interacción con la policía y los tribunales se vuelve peligrosa, al igual que presentarse en el trabajo o acudir a lugares como los hospitales. En lugar de un lugar seguro para dormir, comer y encontrar aceptación y apoyo, los hogares de las madres se transforman en una "última dirección conocida", uno de los primeros lugares donde la policía las buscará. Los familiares cercanos, los amigos y los vecinos se convierten en informantes potenciales.

Una estrategia para hacer frente a estos riesgos es evitar por completo los lugares, las personas y las interacciones peligrosas. Así, un joven no asiste al nacimiento de su hijo, ni busca ayuda médica cuando recibe una fuerte paliza. Evita a la policía y a los tribunales, aunque eso suponga recurrir a la violencia cuando es herido o convertirse en el objetivo de otros que buscan a alguien a quien robar. Una segunda estrategia consiste en fomentar la imprevisibilidad permaneciendo en secreto y "ocultándose y evadiendo". Para asegurarse de que sus allegados no lo delaten, el joven va y viene de forma irregular e imprevisible, se muestra esquivo y desconfiado, duerme en camas diferentes y engaña a sus allegados sobre su paradero y sus planes. Si un joven agota estas posibilidades y es detenido, puede intentar evitar la cárcel delatando a sus conocidos.

Cualquiera que sea la estrategia, el joven descubre que mientras corra el riesgo de ser encerrado, mantenerse fuera de la cárcel y participar en instituciones como la familia, el trabajo y la amistad se convierten en objetivos contradictorios; hacer una cosa reduce sus

posibilidades de realizar la otra. Mantenerse fuera de la cárcel se alinea no con una acción honrada y respetable, sino con ser un personaje aún más sospechoso.

Los miembros de la familia y las parejas amorosas experimentan considerables dificultades debido a su asociación con hombres que están siendo buscados o supervisados por el Estado. En concreto, descubrí que los miembros de la familia que viven con un pariente o un novio con una orden de arresto están atrapados entre tres difíciles líneas de acción: permitirle permanecer en su casa y poner en peligro su propia seguridad, echarle o traicionarle entregándole a la policía.

Es posible que la emisión de órdenes de detención a un gran grupo de varones jóvenes por infracciones menores de la probation o por delitos con tasas judiciales, al tiempo que tensa la vida familiar y dificulta que los jóvenes encuentren y mantengan un empleo, también sirva para disuadirlos de cometer delitos. Aunque este artículo señala algunos casos en los que las órdenes de detención pueden fomentar la delincuencia (por ejemplo, impidiendo que los jóvenes participen en el mercado laboral formal o haciendo que los jóvenes con órdenes de detención se conviertan en el objetivo de los ladrones), no puedo especular sobre el efecto neto de estas políticas sobre la delincuencia o la violencia. Los datos presentados aquí sólo sugieren que las políticas actuales de Filadelfia conceden a un grupo considerable de personas—antes de ser condenadas por delitos y después de haber cumplido una pena—un estatus ilegal o semilegal, y que este estatus les dificulta la interacción con las instituciones legítimas sin ser detenidos y enviados a la cárcel.

Y lo que es más sorprendente, el sistema de órdenes de detención de bajo nivel y de supervisión judicial tiene la consecuencia involuntaria

de convertirse en un recurso para las mujeres y los familiares que, al poseer más legitimidad legal, pueden utilizarlo para controlar a sus parejas y parientes. Las novias, los vecinos y los miembros de la familia amenazan a los jóvenes con llamar a la policía para “mantenerlos a raya” y, en ocasiones, llaman a la policía o hacen que arresten a un joven como venganza por algún mal sufrido. Los jóvenes también convierten su condición de buscados en un recurso al utilizarla para justificar carencias o fracasos que podrían haber ocurrido de todos modos. Dado que los residentes de la Calle Sexta entienden que ser buscado es profundamente limitante, los hombres jóvenes con pocos ingresos, educación o perspectivas de trabajo pueden apelar a su condición de buscados para salvar las apariencias y mitigar la culpa de haber fracasado como padre, pareja o trabajador.

Las teorías contemporáneas de la estratificación social y la sociología política sostienen que el sistema de justicia penal se ha convertido en un vehículo de transmisión de desventajas (Western, 2006) y en “un instrumento de gestión de grupos desposeídos y deshonorados” (Wacquant, 2001: 95). Los hallazgos presentados aquí confirman estas importantes tesis, pero mi trabajo de campo también sugiere que quienes son manejados de este modo no son víctimas indefensas, inmovilizadas en redes de control. En cambio, los varones y mujeres de la Calle Sexta evaden y se resisten a las autoridades, a veces recurriendo al Estado para sus propios fines, para reivindicarse como personas honorables y para ejercer el poder sobre los demás.

Implicaciones teóricas y conclusiones

Los jóvenes que huyen en Filadelfia pueden decirnos algo sobre el funcionamiento del poder en la sociedad contemporánea. De hecho, la

vigilancia del gueto moderno puede ser útilmente yuxtapuesta a la influyente teoría del poder que Foucault esboza en *Discipline and Punish* (para los debates sobre la posición dominante de Foucault en la sociología del castigo, véase Cohen, 1985 y Garland, 1990).

La teoría del poder de Foucault (1979) comienza con la prisión y se extiende a las casas de trabajo, las casas de beneficencia, los cuarteles militares, las ciudades sometidas a una estricta regulación durante las epidemias de cólera y, finalmente, a la sociedad moderna. Sostiene que las ilegalidades populares estaban muy extendidas en la sociedad moderna temprana, y que los soberanos no hicieron ningún intento sistemático de acabar con ellas. En su lugar, los soberanos intervenían esporádicamente, dando ejemplos públicos truculentos en un pequeño número de casos. Tomando la prisión como ejemplo, Foucault sugiere que el castigo moderno está organizado no sobre el principio de la brutalidad pública ocasional que inspira miedo, sino sobre un sistema panóptico de inspección, vigilancia y recompensas y castigos graduales. La ley se aplica sistemáticamente: se controla y examina cuidadosamente a las personas y se guardan archivos sobre ellas. La era de la ilegalidad popular es sustituida por la era de la disciplina racional.

A primera vista, el barrio de Filadelfia que he estudiado, con sus cámaras de vídeo en los palos de luz, las frecuentes paradas y registros policiales y el control de los residentes a través de la probation y el arresto domiciliario, resulta similar a la ciudad fortaleza panóptica que imaginó Foucault en *Discipline and Punish* (1979). Sin embargo, el gueto no puede situarse bajo el paraguas general del panóptico. Allí existe una forma diferente de poder, y con resultados diferentes para las personas implicadas.

Foucault sugiere que en las prisiones, los campamentos del ejército y otros lugares panópticos de este tipo, las autoridades logran la cooperación mediante una “supervisión constante e ininterrumpida” y un sistema de castigos y recompensas graduales. Las personas son persuadidas a cumplir con la normativa mediante un cuidadoso entrenamiento, examen y supervisión, a través de una minuciosa atención a los movimientos y gestos del cuerpo. Con el tiempo, los sujetos llegan a controlarse a sí mismos internamente (Garland, 2001).

En comparación con lugares como las prisiones, los monasterios o batallones, la vigilancia y supervisión de los residentes del gueto es incompleta. Los espacios cerrados hacen posible una vigilancia y una aplicación de la ley casi perfectas: la gente puede vivir ilegalmente sólo si no la atrapan o si las autoridades miran hacia otro lado (Sykes, [1958] 2007). Sin embargo, en espacios como el barrio de la Calle Sexta, muchas personas infringen la ley sin que las autoridades lo sepan; Se sabe que hay muchos otros infractores, pero las autoridades no tienen los recursos ni la capacidad (o, para ser más cínicos, el deseo) de localizarlos a todos y llevarlos ante la justicia. Esto abre la posibilidad de que las personas existan en los espacios entre la identificación, el descubrimiento y la aprehensión.

La vigilancia y la supervisión en el gueto son incompletas no sólo porque la gente tiene una gran capacidad para infringir las normas y evadir a las autoridades, sino también porque las formas de supervisión no se esfuerzan por ser exhaustivas en primer lugar. Los residentes del barrio que estudié no encuentran que sus movimientos estén estrechamente controlados y regimentados, como lo estarían en una prisión o un convento; que comen, duermen y conviven bajo la mirada vigilante de una autoridad central, ni se les niega permanentemente su

intimidad y sus bienes personales (Foucault, 1979; Goffman, 1961; Sykes, [1958] 2007). La supervisión en torno a la Calle Sexta no se basa en la observación y la disciplina constantes, sino en una especie de sistema de puestos de control o de puntos de alerta, por el que ciertas personas sólo son vigiladas, registradas, observadas o desposeídas ocasionalmente (si no al azar).

Estos exámenes ocasionales (la prueba de orina durante una reunión de probation, la parada y cacheo en una esquina, el registro de una casa, o la comprobación del nombre de un conductor en la base de datos de la policía para ver si aparece alguna orden de arresto) no se utilizan—como imaginaba Foucault—para imponer una serie de pequeños castigos y recompensas en aras de la corrección y la formación, sino para identificar a las personas que pueden optar a la cárcel y ponerlas en manos del Estado.

Esta forma de poder—ocasional, incompleta y con el propósito de identificar a los candidatos a la sanción extrema—no parece producir sujetos ordenados. La autodisciplina y la interiorización de las normas tienen poco sentido en un contexto en el que seguir las reglas (por ejemplo, comparecer ante el tribunal, presentarse a las reuniones de probation o entregarse cuando se le acusa) puede *acelerar* el ingreso en prisión.

Un último punto de comparación: Foucault sostiene que el poder basado en el miedo (los ahorcamientos públicos) fue sustituido en la era moderna por el poder basado en la observación, el examen y la disciplina. En el barrio de la Calle Sexta, efectivamente se encuentra vigilancia y supervisión, pero esta vigilancia no acaba con el miedo. De hecho, la vida de los residentes se organiza precisamente en torno al miedo, es decir, el miedo a ser enviado a la cárcel.

Garland (1990: 168) sostiene que un fallo importante de *Discipline and Punish* es que describe “el *potencial* de control que poseen las modernas tecnologías de poder-saber como si fuera la realidad de su *funcionamiento* actual”. Al estudiar el gueto etnográficamente, podemos ver cómo las formas de poder que Foucault imaginó operando en un panóptico se aplican realmente a un barrio. Los habitantes del gueto moderno policiado no viven como sujetos estrechamente controlados y disciplinados. Más bien, viven como personas semilegales o ilegales, haciendo frente a la amenaza diaria de captura y confinamiento. La vida de un sospechoso o de un fugitivo es muy diferente de la vida de un cautivo, aunque, en términos generales, las mismas formas de poder—observación, examen, mantenimiento de archivos—pueden sostenerlas a ambas.

Se puede argumentar, por supuesto, que las personas buscadas, dispuestas a perpetuar su propia criminalidad, han interiorizado efectivamente las normas que los poderes disciplinarios intentaban inculcar. En este sentido, un grupo de estatus de fugitivos encaja perfectamente en las ideas funcionalistas de Foucault sobre la producción de la delincuencia y sus usos políticos (Foucault, 1979: 272). Pero argumentar esto es, creo, una exageración. Los prófugos se resisten, de hecho, a la voluntad de las autoridades, y aunque esta resistencia sea finalmente liberadora, su vida cotidiana y las formas de poder que la rigen son claramente distintas de las de los reclusos sometidos al poder panóptico.

En lugar de colocar al gueto, junto con el resto de la sociedad, bajo un “panoptismo generalizado” (Garland, 1990: 146), la situación de la Calle Sexta sugiere una forma alternativa de poder. En los casos en los que un Estado (o algún otro poder) se dedica a sancionar severamente

a un grupo de personas (por ejemplo, matándolas, deportándolas, enviándolas a la fuerza a la guerra o internándolas en instituciones como prisiones, campos de concentración o plantaciones) veremos un grupo de personas que se encarga de administrar la sanción y otro grupo que la recibe. Si la sanción es el confinamiento en una prisión, un asilo o un manicomio, podemos ver a un grupo de personas viviendo como reclusos o sujetos, tal y como describe el panóptico de Foucault (o de la forma en que Sykes [1958] (2007) describió a las personas que viven en las prisiones o Goffman [1961] describió a las personas que viven en instituciones totales). Pero también veremos, fuera de estas instituciones, un aparato encargado de identificar, capturar y juzgar a los probables candidatos, y un grupo de personas que viven con el riesgo de ser sancionadas y tratan de evitarlo, como prófugos.

En lugar de pensar en los residentes del gueto moderno como reclusos de prisiones u otros lugares panópticos, podríamos comparar a los residentes del gueto con otras personas semilegales o ilegales que cumplen los requisitos para recibir alguna sanción y que intentan evitarla: los inmigrantes indocumentados que corren el riesgo de ser deportados, los judíos que vivían en la Alemania nazi que pueden ser enviados a campos de concentración, los reclutas o desertores del ejército que pueden ser encarcelados o fusilados, los esclavos fugados que pueden ser encontrados y devueltos a las plantaciones, o los comunistas en Estados Unidos y Europa cuando el partido era ilegal. Es con estos grupos que los residentes del gueto moderno pueden encontrar alguna experiencia común. Es este tipo de situación social la que debe tenerse en cuenta si queremos comprender plenamente los efectos de políticas como el encarcelamiento masivo.

Referencias

Anderson, Elijah: *A Place on the Corner*, Chicago, IL: University of Chicago Press, 1978.

Anderson, Elijah: *Code of the Street*, New York: W. W. Norton, 1999.

Becker, Howard: *Outsiders*, New York: Free Press, 1963.

Beckett, Katherine: *Making Crime Pay*, New York: Oxford University Press, 1997.

Black, Donald: "Crime as Social Control", *American Sociological Review* 48(1), 1983, 32-45.

Bourgois, Philippe: *In Search of Respect*, New York: Cambridge University Press, 1995.

Cayton, Horace y St. Clair Drake: *Black Metropolis*, Chicago, IL: University of Chicago Press, [1945] 1993.

Cohen, Stanley: *Visions of Social Control*, Cambridge, MA: Cambridge University Press, 1985.

Comfort, Megan: "Punishment Beyond the Legal Offender", *Annual Review of Law and Social Science* 3, 2007, 271-96.

Comfort, Megan: *Doing Time Together*, Chicago, IL: University of Chicago Press, 2008.

DuBois, W. E. B.: *The Philadelphia Negro*, Philadelphia, PA: University of Pennsylvania Press, [1899] 1996.

Duneier, Mitchell: *Sidewalk*, New York: Farrar, Straus and Giroux, 1999.

Edin, Kathryn y Laura Lein: *Making Ends Meet*, New York: Russell Sage Foundation, 1997.

Foucault, Michel: *Discipline and Punish*, New York: Vintage, 1979.

Garland, David: *Punishment and Modern Society*, Chicago, IL: University of Chicago Press, 1990.

Garland, David: "Introduction: The Meaning of Mass Imprisonment", en: David Garland (ed.): *Mass Imprisonment: Social Causes and Consequences*, London, UK: Sage, 2001, 1-3.

Glaze, Lauren y Thomas Bonzcar: "Probation and Parole in the United States, 2005", *Bureau of Justice Statistics Bulletin*, U.S. Department of Justice, NCJ 215091, 2006.

Goffman, Erving: *Asylums*, New York: Anchor Books, 1961.

Hagan, John y Ronit Dinovitzer: "Collateral Consequences of Imprisonment for Children, Communities, and Prisoners", *Crime and Justice* 26, 1999, 121-62.

Hammett, Theodore M., Mary P. Harmon y William Rhodes: "The Burden of Infectious Disease among Inmates of and Releasees from U.S. Correctional Facilities, 1997", *American Journal of Public Health* 92(11), 2002, 1789-94.

Jacobs, Bruce: *Dealing Crack*, Boston, MA: Northeastern University Press, 1999.

LeBlanc, Adrian Nicole: *Random Family*, New York: Scribner, 2003.

Liebow, Elliot: *Tally's Corner*, Boston, MA: Little, Brown, 1967.

Newman, Katherine: *No Shame in My Game*, New York: Vintage and Russell Sage, 1999.

Nurse, Anne: *Fatherhood Arrested*, Nashville, TN: Vanderbilt University Press, 2002.

Pager, Devah: *Marked: Race, Crime, and Finding Work in an Era of Mass Incarceration*, Chicago, IL: University of Chicago Press, 2007.

Pettit, Becky y Bruce Western: "Mass Imprisonment and the Life-Course: Race and Class Inequality in U.S. Incarceration", *American Sociological Review* 69, 2004, 151-69.

Philadelphia Adult Probation and Parole Department: *2006 Annual Report*, 2007.

Reiss, Albert J.: "Police Organization in the 20th Century", *Crime and Justice* 15, 1992, 51-97.

Rubenstein, Gwen y Debbie Mukamal: 2002. "Welfare and Housing-Denial of Benefits to Drug Offenders", en: M. Mauer y M. Chesney-Lind (eds.): *Invisible Punishment: The Collateral Consequences of Mass Imprisonment*, New York: New Press, 2002, 37-49.

Simon, Jonathan: *Governing through Crime*, New York: Oxford University Press, 2007.

Stack, Carol: *All Our Kin*, New York: Harper Colophon Books, 1974.

Sykes, Gresham: *Society of Captives*, Princeton, NJ: Princeton University Press, [1958] 2007.

Uggen, Chris y Jeff Manza: "Democratic Contradiction? Political Consequences of Felon Disenfranchisement in the United States", *American Sociological Review* 67(6), 2002, 777-803.

United States Department of Justice, Federal Bureau of Investigation: *September 2007, Crime in the United States*, 2006.

Venkatesh, Sudhir: *Off the Books*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006.

Venkatesh, Sudhir: *Gang Leader for a Day*, New York: Penguin Press, 2008.

Wacquant, Loïc: "Deadly Symbiosis: When Ghetto and Prison Meet and Mesh", *Punishment & Society* 3(1), 2001, 95-133.

Wacquant, Loïc: *Body and Soul*, New York: Oxford University Press, 2004.

Western, Bruce: *Punishment and Inequality in America*, New York: Russell Sage Foundation, 2006.

Western, Bruce, Leonard Lopoo y Sara McLanahan: "Incarceration and the Bonds between Parents in Fragile Families", en: M. Patillo, D.

Weiman y B. Western (eds.): *Imprisoning America*, New York: Russell Sage Foundation, 2004, 21-45.

Wildeman, Christopher: "Parental Imprisonment, the Prison Boom, and the Concentration of Childhood Disadvantage", *Demography* 46, 2009, 265-80.

Williams, Terry: *Crackhouse*, Reading, MA: Addison Wesley, 1992.